

Consejo Nacional de Acreditación  
Fortalecimiento de la Cultura de la Acreditación  
Evento Regional Cali  
12 de noviembre de 2009

Luis Roberto Rivera Mazuera  
Pontificia Universidad Javeriana Seccional Cali

Panel: Opinión de las IES sobre el proceso que conduce a la acreditación de programas e instituciones.

Las siguientes reflexiones pretenden aportar elementos a la evaluación de los lineamientos propuestos por el Consejo Nacional de Acreditación para la acreditación de los programas académicos. Se ha pedido un análisis en profundidad de algunos aspectos escogidos, pero este cometido no se logra en el breve espacio que le corresponde a esta participación. Se aporta desde la experiencia que hemos vivido en la Pontificia Universidad Javeriana de Cali en los 10 años en que hemos optado por ser parte del Sistema Nacional de Acreditación como manera de expresar nuestro compromiso institucional con la calidad. Las opiniones que se presentan a continuación sintetizan algunos aprendizajes institucionales que hemos extraído de los procesos de auto evaluación con miras a la acreditación, del seguimiento a los planes de mejoramiento, de su articulación con la planeación de la Universidad, y de otras estrategias de autoregulación con las que trabajamos la alta calidad de nuestra oferta académica.

Los puntos elegidos para compartir en este panel serán cuatro: el carácter participativo de la calidad, la dimensión social de la misma, la manera de expresarla en indicadores y el riesgo del escepticismo como resultado de la rutina.

El primer punto sobre el que se reflexionará se refiere al involucramiento y participación reflexiva de la comunidad universitaria. Por su misma definición, esta participación es esencial en un proceso de auto-evaluación, que en principio no podría hacerse de otra manera. Pero lo valioso es resaltar las muchas ventajas que ha mostrado tener para orientar hacia el horizonte de la calidad la gestión de los programas académicos. La calidad, desde la aproximación que acertadamente propone el Consejo Nacional de Acreditación, se refiere en primera instancia al ser y la naturaleza de un objeto. Y en el caso de los programas académicos de educación superior, éstos se identifican en una comunidad educativa. Por lo tanto, el ejercicio de reflexión juiciosa sobre sí misma, que implican los procesos de acreditación, tiene como efecto su afianzamiento alrededor del sentido común que le proponen los objetivos que se ha trazado y que orientan su actividad y las relaciones

entre sus integrantes. Este aspecto es, entonces, fundamental, porque permite volver a fundar lo que diferencia a una comunidad educativa y le da la cualidad que le es propia.

Sin embargo, hemos identificado que este aspecto exige un esfuerzo grande a nivel comunitario e institucional. En general, no es fácil ser evaluado. Y tener la capacidad de valorarse a sí mismo con validez y de manera confiable es, ciertamente, una manifestación de madurez individual, y con mucha más razón, lo es a nivel comunitario. Posiblemente por esto se enfrentan grandes dificultades. Una de las más notables es la tendencia a desviar la mirada de lo esencial desde las perspectivas educativa y académica para centrarse en aspectos periféricos, pero, en los que, tal vez, se involucran menos a los actores educativos y, quizás, sean más fácilmente evaluables por ser cuantificables. También se puede ceder a la tentación de realizar procesos que en realidad son una hetero-evaluación, pero por ser realizados desde el interior institucional se consideran como de auto-evaluación. Me refiero en concreto a las oficinas centrales de aseguramiento de la calidad. En el esquema que se adopte en una institución debe buscarse el justo medio para que el apoyo que se ofrece a las unidades propiamente académicas, en las que reside la parte nuclear de un programa, no termine por ahogar la riqueza que se gana cuando la comunidad universitaria se involucra y participa de manera reflexiva en lo relacionado con la búsqueda de la alta calidad.

Un segundo punto al que quiero referirme es el relacionado con la participación de egresados, empleadores y organizaciones con las que un programa tiene relaciones. Para valorar la pertinencia de la actividad educativa es necesario apreciarla desde el punto de vista de la sociedad y de las organizaciones que conforman su tejido. Pero sobre todo desde las vidas de los egresados, en sentido amplio y no restringido a su desempeño laboral, dimensión evidentemente fundamental para el análisis, pero no suficiente.

En la práctica esta participación presenta muchas dificultades. Aunque es posible leer una tendencia a que sean cada vez menos. La evolución reciente de nuestro sistema de educación superior, en buena medida influenciada por las dinámicas que introducen los procesos de acreditación de alta calidad, le ha dado al egresado un papel más relevante y a la relación de la institución de educación superior con el entorno una importancia cada vez mayor. Esto ha permitido el desarrollo de sistemas de información que facilitan el análisis de estos aspectos en los procesos evaluativos de los programas. Sin embargo la relevancia de estos elementos en el horizonte de la calidad de los programas académicos no deja de presentar dificultades conceptuales. Las lógicas empresariales y sociales, en general no se corresponden con las educativas ni con las universitarias. Cuando el concepto de pertinencia se considera de manera demasiado restringida, la universidad reclama su autonomía y exige el lugar para una cierta “impertinencia” que desde la academia puede aportar a la renovación social y a la construcción de expectativas compartidas con otros actores sociales. Y en medio de los extremos debe ubicarse, de acuerdo con la realidad de cada programa y de cada institución, el valor de la participación efectiva de los diferentes actores sociales en las auto evaluaciones de los programas académicos.

Ahora pasemos a analizar dos puntos relacionados con los aspectos operativos. El primero de ellos será el de la definición de indicadores. La utilización de indicadores en general tiende a seleccionar los aspectos sobre los que se dirigen los esfuerzos de gestión y a dejar por fuera de las preocupaciones todo lo que no se exprese en el conjunto de indicadores

elegido. Una característica relevante de este conjunto es su tamaño. Una cantidad elevada de indicadores que terminan siendo analizados para dar cuenta cabal de todo el modelo que propone el Consejo Nacional de Acreditación, plantea dificultades para que los procesos de acreditación tengan impacto efectivo en la planeación y la gestión. Desde estas últimas es deseable un conjunto de indicadores reducido y sintético. Sin embargo la complejidad del fenómeno objeto de evaluación, del cual se desea determinar su alta calidad, parece exigir que este grupo no pueda reducirse sin alejarse de los aspectos esenciales de un programa académico. En este orden de ideas, puede afirmarse que el modelo del Consejo Nacional de Acreditación pretende dar cuenta de esta complejidad, en coherencia con su idea de calidad, antes que proponer una aproximación estratégica orientada a la gestión.

Con respecto a este punto de los indicadores, vale la pena mencionar, antes de dejarlo, la tentación de cumplir los indicadores aun en detrimento de las características. Este riesgo aparece, por ejemplo, en la gestión de los planes de mejoramiento y parece ser mayor cuando es mayor la rotación de los involucrados en la vida del programa académico. En cualquier caso deben ser un punto de llegada y no de partida. No deben ser el norte de los esfuerzos, sino una manera de aproximarse a los resultados.

Por último, me referiré brevemente al peligro de la rutina en los procesos de acreditación de alta calidad. Con el paso de los años, y con las experiencias de renovación de las acreditaciones, la novedad del sistema tiende a pasar y la percepción de repetición aparece inevitablemente. La preocupación por hacer operativos, eficientes y efectivos los esfuerzos para autoevaluar los programas académicos aumenta este riesgo de la rutina porque se sugieren estrategias casi automáticas para proceder y se puede caer en la concepción de la “lista de chequeo”. Las visitas de pares pierden su novedad. Por supuesto, esta situación no es privativa de los esfuerzos por buscar la alta calidad de un programa, pero sí tiene un efecto especialmente negativo para éstos. Hay que luchar con el escepticismo, con las visiones que no valoran los cambios, que consideran que las cosas siguen igual y que se niegan a la bondad de posibles esquemas nuevos. En realidad, la búsqueda de la alta calidad exige romper constantemente con la rutina, innovar, renovarse y esto exige un gran esfuerzo de la comunidad de un programa y de la institución en la que está inmerso.

Con estas reflexiones esperamos haber aportado en este esfuerzo auto evaluativo. Ciertamente muchos otros aprendizajes podrían haber sido objeto de nuestra participación en este evento de Fortalecimiento de la Cultura de la Acreditación. Todos igualmente importantes. Esta riqueza es algo que habla a favor del proceso de acreditación que lidera en Consejo Nacional de Acreditación. Muchas gracias.